

win se puede esperar la negativa, pero de César Cantú, no.

Buscaré la lógica del suceso por otros caminos que no ha querido seguir César Cantú.

Los caminos del análisis siguiendo los métodos de la CRITICA RACIONAL.

La historia es filosofía y no un ejercicio literario.

IX

Si me ocupase aquí de rectificar hechos, por ejemplo, al Sr. Zamacois, me limitaría à ese particular, sin llevar las cosas à mayores exigencias.

Hacer la crónica de la historia no es escribir la historia.

Aquel es el trabajo del compilador, verdadero ratón de biblioteca, y le basta para llenar su misión recoger con buen sentido los datos, agruparlos y exponerlos.

Hacer la historia es obra de la filosofía, y por eso me entiendo de otra manera con César Cantú, que aquella en que me hubiera entendido con el Sr. Zamacois en circunstancias análogas.

Del trabajo del compilador à los estudios del historiador, hay la distancia abrumadora que separa lo meramente mecánico de lo esencialmente filosófico.

Los hechos están ya rectificados con elegancia, cla-

ridad y exactitud en un folleto cuya edición oficial ha corrido de mano en mano. El tributo de justicia que debe darse á la verdad histórica se ha rendido con toda brillantez en el aludido trabajo.

Mi empeño no es el de reproducir lo dicho, ni tampoco el de confirmarlo con nuevos argumentos.

Aquí no trato de demostrar á César Cantú, que D. Benito Juárez nunca pensó en enagenar á los extraños los bienes de la patria, ni tampoco intentó una especulación liviana del cadáver de Maximiliano.

Mis propósitos van por otros caminos. No me empeño directamente en la defensa personal de Juárez porque no la necesita. No son los fueros de la justicia los que me han puesto la pluma en la mano. Es la razón de la filosofía aplicada á la historia lo que sostengo, porque no me basta conocer los hechos y su determinación inmediata. Necesito algo más fundamental y profundo; necesito saber de dónde viene el hombre y á dónde va; cómo los hechos se producen dentro de los moldes de una ley suprema superior al hombre lleno de miserias; qué fé debo poner en la Providencia investigando por el método racional inductivo hasta qué punto me asiste ó me abandona; necesito construir una *ciencia social* del estudio de la historia, porque de acuerdo en este punto con César Cantú, no quiero verla reducida á un *ejercicio literario*.

Quiero, aceptando las mismas fórmulas de César Cantú, que *la historia me enseñe por las multiplicadas*

conquistas de la libertad, á raciocinar, á discernir lo bueno de lo posible, á fortalecer la voluntad y á reconocer que no hay virtud sin sacrificio, ni religión sin abnegación.

Quiero con César Cantú *dejar que los hombres vulgares murmuren vaporosas quejas y telescópicas esperanzas, fundadas en las actividades de otros ó en la casualidad.*

Creo como César Cantú, en que *una potencia misteriosa guía los destinos de los hombres, y la ineptitud de éstos aprueba la fuerza de las ideas.*

Creo en general, como César Cantú, que *lo importante no es que haya Monarquía, República ó gobiernos ministeriales, sino más bien en cuanto al orden moral, educación religiosa y civil en el pueblo y consolidación de los vínculos de familia; y en cuanto al orden político, reducción de la exagerada acción del Estado de manera que deje de absorber las fuerzas vitales de la nación y preste desembarazo al ejercicio de la actividad.*

Creo como César Cantú, que *la República es verdaderamente la forma predispuesta al porvenir, pero que no será actualidad definitiva, hasta que moralizados y hechos respetuosos los ciudadanos por el ejercicio de los derechos, se formen los hábitos políticos y la conciencia pública por el convencimiento de que el bien común es un resultante de los intereses recíprocos.*

Estoy de entera conformidad con estas fórmulas de César Cantú, como también lo estoy con la enseñanza de aquella observación que en estos precisos térmi-

nos deja consignada:—*Se prometió una restauración y siempre falló por no haber medio de edificar en el vacío.*

En todo esto estoy de completo acuerdo con César Cantú, como así mismo, en que *de la tiranía surge la necesidad de la lucha, á la vez que todo poder amenazado se hace violento; y la sociedad ávida de reposo invoca la dictadura; y todo esto explica el extraordinario aparato de fuerzas.*

No puedo venir al campo de la discusión con mejor espíritu de imparcialidad y más leales propósitos.

Pero claro está, que el publicista que de tal manera se expresa, no es un compilador como Zamacois, como Alaman, como puede serlo nuestra amiga la baronesa de Wilson, y por consiguiente, tengo un derecho perfecto á pedirle aplicación de esos principios, resultados efectivos de esas máximas, consecuencias prácticas de esas observaciones.

Y con mucho más motivo, cuanto que la historia de México no se ha hecho, ni menos la historia de América, ni se hará en muchos años por razonamientos incontestables que omito, porque no quiero entretenerme en digresiones y tampoco tengo espacio para ello.

Pero no he de ir tan de prisa que pase por alto una indicación necesaria.

La historia de América no se ha hecho ni se hará en mucho tiempo. Bastante es que se haya trazado el camino de mano maestra por Washington Irving, mien-

tras llega el filósofo con la serenidad de pensamiento y la despreocupación necesarias que faltan á César Cantú.

Lo primero que el hombre reflexivo debe preguntarse á sí mismo con poderosa concentración es ¿qué significación tiene en el proceso de la historia humana este nuevo mundo en formación que se desenvuelve á nuestros ojos?

Mucho tiempo emplearon los grandes trabajos de Europa para depurar los recuerdos tradicionales del Asia importados á la filosofía, por más que el sacudimiento Helénico fuera la protesta viva de aquellas instituciones sombrías encerradas en la noche de veinte siglos, y que todavía dentro de sus antiguas comarcas, no han podido ver la luz de un nuevo día.

La civilización de Europa, pasando por todo género de sacrificios, esfuerzos y pruebas, llegó potente y suya hasta el año 1414, donde una voz oscura fué el primer grito de guerra entre dos principios que habían de disputarse el campo de la vida cuerpo á cuerpo y paso á paso; entre el Individualismo defendiendo su personalidad y el Centralismo dispuesto á no ceder un ápice de su condición absorbente.

Las instituciones orgánicas en todas las esferas de la vida social tienen este carácter.

El principio de oposición que se proclamaba, no sólo venía auxiliado con pujante brío por las corrientes de las ideas, sino también por los intereses y necesidades

que traían los tiempos en sus naturales desarrollos históricos.

Las instituciones se vieron amenazadas de sufrir una gran transformación, porque no era posible que á su sombra y bajo su amparo, tal como estaban constituidas, pudiera verificarse el crecimiento.

De la propia manera que el Evangelio, invocando la ley antigua derogaba el antiguo testamento, porque no era posible, sin dar otra amplitud, otros espacios y otra luz á la sinagoga, que en aquellos estrechos moldes del templo de la raza pudieran desarrollarse las nuevas necesidades de un mundo católico, y por consiguiente universal, que se formaba; en el orden político era preciso plantear decididamente una cuestión fundamental de soberanía, porque dentro de los estrictos límites del personalismo instituido en poder que presidía y gobernaba, no podían desenvolverse y cumplir sus destinos los pueblos.

Así, pues, la lucha sostenida en Europa ha sido de verdadera inaudita violencia durante los períodos extraordinarios de calor y de fiebre; y una transacción constante de ambos poderes en las circunstancias de normalidad y reposo.

Los campos están perfectamente conocidos, si no deslindados en el viejo mundo:—De un lado la soberanía que invoca el derecho de sucesión; del otro, la soberanía que proclama el sufragio.

Esta gana terreno cada día porque es la idea nueva.

Aquella lo pierde cada momento, porque es la ins-

titución envejecida y depurada en el ejercicio de los siglos.

Estos dos principios soberanos tienen su legítima forma externa: el uno en la Monarquía, el otro en la República.

La Monarquía, con todos sus vicios y defectos, como institución histórica, llenaba un lugar importante en la historia, y había logrado hacer hábitos, formar costumbres, crear intereses, que daban un orden de cosas y constituían una estabilidad.

Era positivamente desigual la lucha.

La Monarquía, con todo hecho, no tenía más que ponerse.

La República, con todo por hacer, institutos, hábitos, costumbres, intereses; necesitaba instalarse sin poder improvisar un orden de cosas.

Sus primeros triunfos se redujeron á ensayos, y vieron las reacciones consiguientes.

Tal es la lógica de la vida.

Pero como la ley del progreso es indeclinable, á falta de esa estabilidad, de ese orden de cosas, de esos intereses que se radican; la idea nueva tiene á su favor la necesidad imperiosa que la empuja, y el poder de atracción del porvenir que la llama.

La Monarquía ha tenido por consiguiente que transigir con la soberanía popular, y ésta se ha visto precisada á aceptar la Monarquía bajo juramento de guardar y cumplir la constitución.

Tal es el estado político de Europa, donde los hábitos y las costumbres y los intereses y el orden de cosas que ha de trasformarse permanece; y la obra de trasformación tiene que construirse por impulsos sucesivos.

Pero cuando la vida de los pueblos ya no cabe en los límites de sus institutos gastados, la Providencia abre nuevos caminos á la vida señalando la tierra de promisión.

Esta es la sucesión histórica de la humanidad progresando en los pasos de la civilización del Asia á Europa y de Europa á la América; y lo que explica el hecho sorprendente del descubrimiento de estos territorios vírgenes, coincidiendo con el movimiento de las nuevas ideas.

¿Qué otro fin providencial pudo tener la conquista, sino el de abrir ancho campo á la civilización en este gran teatro del nuevo mundo, donde no ha creado la Monarquía hábitos, costumbres, intereses seculares, orden propio y estable de cosas?

Si de otro modo equivocadamente se considera la historia, no hay explicación política que justifique fundamentalmente la desaparición del gobierno de los virreyes, tan patriota en los últimos tiempos como pudiera serlo el de Iturbide, y no menos paternal que el de Maximiliano. Pero era incompatible aquella forma de gobierno con las necesidades de la civilización en América, y por esa misma causa no pudo consolidarse Iturbide, ni Maximiliano tampoco.

Pero esta razón, que no la comprendieron Maximiliano ni Iturbide, como no la han comprendido César Cantú y varios otros, si la entendió perfectamente José Bonaparte, el ex-rey de España, cuando retirado en el Norte de América recibió la comisión que fué á ofrecerle el trono de México, á la cual dió esta respuesta:—Agradezco la honra que se me ofrece y la buena voluntad con que se me hace, pero os aconsejo que conserveis la forma republicana sin tradiciones en contrario en la joven América, por muchas dificultades que cueste consolidarla, porque la mejor conquista de la libertad es esa forma de imposible aclimatación hoy en Europa y no me considero en condiciones de imitar y seguir á Washington.—

Hace cincuenta años José Bonaparte veía las cosas con mucha más claridad que Maximiliano y con mucho mejor sentido que las ve César Cantú.

Es necesario reñir con todas las reglas de la lógica, para suponer, como César Cantú, que un puñado de pillos capitaneados por un hombre sin condiciones, derrocasen un Poder Imperial establecido con el apoyo de la mayoría del país, el auxilio de todos los notables y el favor de las naciones extranjeras.

De admitir ese criterio ¿qué idea tan pobre deberé formar de Maximiliano, de los notables, y del país que se deja derrotar y además imponer por un puñado de bribones?

La lògica es lógica y la consecuencia indeclinable.

A los políticos que todavía sostienen este punto de vista, no les queda más remedio que volver sobre sí para considerar las cosas como sòn, ò empezar diciendo:—Somos unos menguados, incapacitados para gobernar, porque teniendo el poder en la mano hemos dejado á una docena de pícaros incapaces que nos lo arrebatan, sin que hayamos podido despuès darle la vuelta y vencerlos.

Porque à la verdad, aún cerrando los ojos y admitiendo el acto de una sorpresa, que no cabe en una campaña tan prolongada, tal como quieren pintarse las cosas, bastaba un grupo de policía para meter en la cárcel á esos victoriosos de veinticuatro horas, que á lo sumo debió hacerse durable su triunfo.

Yo discurro de distinta manera. Discurro con el general español D. Juan Prim que sobre el teatro de operaciones habìa tenido ocasión de apreciar, mucho mejor que César Cantù, hasta dònde se extendía el valor, el número y la fuerza de los liberales en México, como terminantemente lo dice en carta particular que escribió á su amigo el Marqués Salamanca con fecha 6 de Abril de 1862, que me prometo reproducir íntegra como documento importante para el estudio de la historia y por lo que interesa á México conocerlo.

Y discurriendo de este modo, á fuer de imparcial, no tengo inconveniente en conceder à mi colega *La Voz de México*, que fué (à su manera de ver las cosas) más liberal el gobierno de Maximiliano que el de Juá-

rez, si por liberalismo se entiende menos violencia en la gobernación.

El gobierno de Maximiliano sin raíz ninguna natural en el país, siendo una implantación extranjera, era un poder falso, de pura transición, débil por esencia, y tenía que contemporizar. Mientras que, el gobierno de Juárez, nacional, fuerte, victorioso, resistido despues del triunfo, conforme al aforismo de César Cantù, *como poder amenazado, tenía que hacerse violento.*

Respecto del Imperio, aplico el otro aforismo de César Cantù, pues *se quiso hacer una restauración, y falló por no haber medio de edificar en el vacío.*

A mi místico colega, le aplicaré el otro aforismo de César Cantù, que para todos tiene el publicista italiano, como la viña del Señor:—*Hay una potencia misteriosa (que nosotros llamamos Providencia en la historia) la cual rige los destinos de los hombres, y la ineptitud de éstos aprueba la fuerza de las ideas.*—Así la ineptitud de los que lloran perdido el imperio, no puede menos de aprobar la fuerza de las ideas que trajeron los advenedizos con Juárez.

Por mi parte, para terminar este capítulo, *dejaré, según aconseja César Cantù, á los hombres vulgares, que murmuren vaporosas quejas y telescópicas esperanzas, fundadas en las actividades de otros ó en la casualidad.*

Y añadiré de cuenta propia, ya que la Providencia impasible no está con ellos, su Magestad divina se divierte oyéndoles gemir.

Y vamos adelante.